

LA CONCIENCIA HUMANA LIBRE, MODELADA POR LA IMAGEN DE JESÚS DE  
NAZARETH: FUNDAMENTO DE LA TEOLOGÍA MORAL

CRISTIAN DAVID NUÑEZ ESCUDERO

JUAN MANUEL FRAGOZO MISAT

FABER LEONARDO ORTEGA GÓMEZ

EDER ENRIQUE PEÑA MARTÍNEZ

JAINER EDUARDO GUEVARA ANGARITA

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE ORIENTE  
FACULTAD DE TEOLOGÍA Y HUMANIDADES  
PROGRAMA DE TEOLOGÍA  
RIONEGRO – ANTIOQUIA

2021

LA CONCIENCIA HUMANA LIBRE, MODELADA POR LA IMAGEN DE JESÚS DE  
NAZARETH: FUNDAMENTO DE LA TEOLOGÍA MORAL

CRISTIAN DAVID NUÑEZ ESCUDERO

JUAN MANUEL FRAGOZO MISAT

FABER LEONARDO ORTEGA GÓMEZ

EDER ENRIQUE PEÑA MARTÍNEZ

JAINER EDUARDO GUEVARA ANGARITA

Trabajo de grado para optar al título de Teólogo

Asesor

JESÚS DAVID VALLEJO CARDONA

Magister en Ética Biomédica

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE ORIENTE  
FACULTAD DE TEOLOGÍA Y HUMANIDADES  
PROGRAMA DE TEOLOGÍA  
RIONEGRO – ANTIOQUIA

2021

## LA CONCIENCIA HUMANA LIBRE, MODELADA POR LA IMAGEN DE JESÚS DE NAZARETH: FUNDAMENTO DE LA TEOLOGÍA MORAL

Cristian David Nuñez Escudero

Juan Manuel Fragozo Misat

Faber Leonardo Ortega Gómez

Eder Enrique Peña Martínez

Jainer Eduardo Guevara Angarita

### **Resumen**

El objetivo de esta reflexión es delinear respuestas a los desafíos frente a los aspectos fundamentales de la moral, enfatizando en la conciencia, la autonomía, la libertad y la conducta humana. La teología moral ayuda a establecer una relación entre la moral fundamental y la moral cristiana, la cual es el seguimiento a Jesucristo. En este sentido, la moral cristiana consiste en una verdadera configuración con Cristo como único modelo a seguir y tomar en cuenta en los actos humanos. Se presenta el tema de la moralidad de los actos desde los juicios de valor, que acá se abordan desde los juicios moral y ético, fundamentales en las situaciones que enfrenta el hombre en el ser y el hacer en medio de sus realidades. El juicio moral le permite a la persona distinguir lo bueno y lo malo de las cosas o las situaciones, del sí mismo y de los otros seres; la aplicación de estos juicios llevará al hombre a ser una mejor persona humana y a verse como un ser único y diferenciado de los demás. En esta ruta, se abre la posibilidad a la conciencia moral, la cual está sujeta a la teología moral como determinación de la condición humana; en este tipo de conciencia existe una relación condicional entre el pensamiento, el acto y la reflexión acerca del

mismo, conocido también como juicio analítico. Desde esta perspectiva, se permite entrever a la conciencia como una forma o estilo de ser propio del ser humano.

**Palabras clave:** moral fundamental, moral cristiana, juicio moral, juicio ético, conducta humana, conciencia.

### **Abstract**

The objective of this reflection is to outline responses to the challenges facing the fundamental aspects of morality, emphasizing conscience, autonomy, freedom and human behavior. Moral theology helps establish a relationship between fundamental morality and Christian morality, which is the following of Jesus Christ. In this sense, Christian morality consists of a true configuration with Christ as the only model to follow and take into account in human acts. The issue of the morality of acts is presented from value judgments, which are addressed here from moral and ethical judgments, fundamental in the situations that mankind faces in being and doing in the middle of realities. Moral judgment allows the person to distinguish good and bad about things or situations, of himself/herself and other beings; the application of these judgments will lead man to be a better human person and to see himself as a unique and differentiated being from others. This route allows the possibility to moral conscience, which is held to moral theology as a determination of the human condition; in this type of consciousness, there is a conditional relationship between thought, the act and the reflection about it, also known as analytical judgment. From this perspective, it is possible to glimpse consciousness as a way or style of being typical of the human being.

**Keywords:** Fundamental Morality, Christian Morality, Moral Judgment, Ethical Judgment, Human Behavior, Conscience.

## INTRODUCCIÓN

La moral fundamental es un campo central para la sociedad en general y para el hombre en su singularidad, debido a que proporciona muchos criterios y patrones universales que rigen de manera óptima la conducta del hombre y de la sociedad que lo circunda. La moral fundamental cristiana, en particular, invita a seguir el código moral cristiano, cuyo eje principal es la persona de Jesús y sus enseñanzas compendiadas en las escrituras, que nos ayudarán a construir una mejor sociedad por cuanto nos orienta para ser personas íntegras. Sin embargo, en la actualidad hablar de conciencia moral suena un poco carente de sentido, debido a la multiplicidad de conceptos que se han ido deformando como consecuencia de la aparición de nuevas doctrinas. De hecho, el Papa Juan Pablo II advierte: “En efecto, ha venido a crearse una nueva situación (...), en la que se difunden muchas dudas y objeciones de orden humano y psicológico, social y cultural, religioso e incluso específicamente teológico, sobre las enseñanzas morales de la Iglesia” (Juan Pablo II, 1993). La crisis en la dimensión moral del hombre ha desencadenado una serie de sentimientos y patrones de comportamiento que, poco a poco, han venido resquebrajando no sólo la imagen del ser humano, sino que, además, han contribuido en la creación de un ambiente poco confiable frente a este tema en la sociedad actual.

Como el concepto lo indica, la moral fundamental hace referencia a los basamentos o fundamentos de la moral. “Es decir, en qué nos basamos, cuáles son los apoyos que sostienen todo el resto” (Cereijo, 2020, párr. 6). Por tanto, este campo se constituye en el primer tratado de la moral fundamental, de donde se toman las bases para el desarrollo de las demás ramas de la

moral cristiana. Pero una de las grandes tareas pendientes de la teología moral es, justamente, recuperar la teologicidad de la moral, es decir, sus fuentes (III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 1979, p. 1.301). Es por ello por lo que la Iglesia Católica afirma que se hace indispensable volver a las sagradas escrituras como fuente y base principal de la moral cristiana, puesto que en ella encontramos el verdadero camino para una sana y fuerte configuración con Cristo Jesús, verdadero modelo de hombre perfecto. En consecuencia, se hace necesario que la moral cristiana esté cada día más enraizada en la revelación divina.

El tema de la moral fundamental ha sido ampliamente estudiado desde diferentes perspectivas y métodos. Según Carrasco de Paula (2000/3), el Concilio Vaticano II impulsó decisivamente el estudio de este campo, lo cual desencadenó una escuela de renovación de la moral desde la perspectiva cristiana. La moral cristiana plantea que el hombre requiere de un marco de referencia para ejecutar sus acciones, por cuanto “ninguna persona actúa en el mundo de modo neutral” (Llantén, 1996, p. 47), sino que acude al sentido de la vida, a unos criterios establecidos y a unas pautas de conducta mediante las cuales define sus acciones. Según la moral fundamental cristiana, ese marco de referencia es Jesús como revelación del misterio del hombre en la historia. Ahora bien, “seguir a Cristo no es simple imitación, sino que (...) implica encarnarse en el mundo actual y responder a su realidad con creatividad, como respondió Jesús, a la realidad de su mundo” (Brackley, 2002, p. 97). Los estudios en este campo, por tanto, normalmente ponen el foco en conceptos constitutivos del ser de la persona humana, tales como las actitudes y los actos, el pecado, la virtud, la conciencia, los valores, la libertad, la responsabilidad, además de la ley y las normas. Por el marco epistemológico y las características de esta rama de la moral fundamental, los estudios han privilegiado los métodos cualitativos de carácter hermenéutico. Según Flecha (2012), esta inclinación radica en las condiciones del sujeto

de investigación, es decir, el hombre, y el marco teórico y confesional desde el cual se ilumina la interpretación, esto es la Sagrada Escritura y la antropología teológica.

Es habitual observar que el hombre, al estar en sociedad, tiende a la búsqueda constante de conocimientos y experiencias que lo orienten para saber convivir con sus realidades internas y externas, y para ello siempre persigue distinguir entre lo bueno y lo malo. Desde la experiencia misma, esta indagación lo lleva a formular principios y valores que le han de permitir la sana convivencia consigo mismo, con la sociedad, con los animales y el medio ambiente. En esta formulación de principios y valores surgen conceptos como la *moral* y la *ética*, y con estas nociones surgen expresiones claves que las fundamentan, dándoles así consistencia en el tiempo y en las distintas circunstancias de la vida. De ahí que se hable de términos como juicio moral y ético, conciencia, conducta humana y autonomía en el actuar, entre otros. Así pues, con la ayuda de la teología moral, el propósito de la presente reflexión es realizar un acercamiento a esta realidad, para delinear algunas respuestas a los desafíos que se tienen frente a los aspectos fundamentales de la moral, enfatizando en la conciencia, la autonomía, la libertad y la conducta humana y analizar acerca de la manera cómo estas influyen en la vida del hombre. Para ello, se emplea la metodología hermenéutica, analítica y cualitativa de los modos de ser y actuar de los individuos, en sus contextos particulares y colectivos.

El artículo consta de tres apartados: inicia con una presentación de la moral fundamental como eje basilar de toda la reflexión, donde se ofrecen algunos presupuestos acerca de la moral cristiana y su repercusión en la toma de decisiones dentro del acto humano; en segunda instancia, se presenta el tema de la moralidad de los actos, lo que se llaman juicios de valor; por último, en el tercer apartado se exponen los argumentos que versan sobre la teología moral y la conducta

humana, desde el desarrollo e influjo de la conciencia moral como determinante de la autonomía y la voluntad.

### **La moral fundamental, el acercamiento a la moral cristiana**

En la actualidad, para muchas personas en los diversos sectores de la sociedad, referirse a los temas relacionados con la moral suena como algo absurdo, retrogrado, anticuado y sin sentido. Pareciera que la moral ya es un aspecto que no interesa, que pasó de moda y no se encuentra entre los temas importantes de la sociedad. Pero en no pocas ocasiones se evade el tema y no se aborda debido a que lleva a la persona a confrontarse con la realidad que vive y con aquello que pide Jesús para estar en una verdadera comunión con Él y con los hermanos. Como ya se señaló en la introducción, la moral fundamental constituye, en términos generales, las bases de la moral. Este campo tiene sus raíces teóricas en la ciencia teológica y sus vertientes prácticas en la teología espiritual y la teología moral; esta última materia, en tanto tiene que ver con las implicaciones de la relación con Dios en las situaciones de la vida material o terrenal y con las reflexiones que el hombre hace con respecto a lo que debe hacer para llevar una existencia según el querer de Dios, se constituye en un campo de reflexión que tiene “como punto de partida la fe, como objetivo la humanización y como núcleo y eje de reflexión una historia y cultura particular que debemos asumir sin temor” (Téllez Casas, 2006, p. 77).

Ahora bien, referirse a la moral fundamental debe remitir también a la definición del término *moral*. Etimológicamente, la palabra “proviene del latín *mos* (plural *mores*) (...) que significa costumbre” (González Álvarez, 2003, p. 24). Entonces, a partir del origen etimológico de la palabra es posible definir la moral “como el conjunto de reglas o normas de comportamiento en que se establece la distinción entre lo bueno y lo malo como criterio de perfección humana” (González Álvarez, 2003, p. 24). Por tanto, la teología moral ayuda a

establecer una clara relación entre la moral fundamental y la moral cristiana en los fundamentos de la moral cristiana. Así, esta última “consiste en recrear la conducta de Jesús en los distintos contextos históricos por los que discurre la vida humana” (Cuesta Álvarez, s.f., p. 1), por lo que la vida moral se refiere a la búsqueda constante de la configuración del cristiano con la persona de Jesús. Lo anterior lleva a tener en cuenta dos asuntos:

a) El cristiano ha de conformar su comportamiento según el plan de Dios revelado en Jesús, y que nos ha sido revelado en los escritos neotestamentarios. b) Este plan ha de ser descubierto, interpretado y actualizado por los cristianos de cada época y de cada lugar” (Cuesta Álvarez, s.f., p. 1).

Pero la moral cristiana no parte de determinaciones ni juicios valorativos de lo que es bueno o no; por el contrario, la especificidad de la moral cristiana es el seguimiento a Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Como está consignado en la cuarta plegaria eucarística para diversas circunstancias, denominada *Jesús, que pasó haciendo el bien*, al venir al mundo, Cristo “siempre se mostró misericordioso con los pequeños y los pobres, con los enfermos y los pecadores, y se hizo cercano a los oprimidos y afligidos. Él anunció al mundo, con palabras y obras, que (...Dios es) Padre y que (... cuida) de todos (... sus) hijos” (Conferencia Episcopal de Colombia, 2008, p. 525).

En este sentido, la moral cristiana consiste, justamente, en una verdadera configuración con Cristo como único modelo y paradigma a seguir. Sin embargo, son muchos los modelos —o, más bien, los ídolos— que va presentando la sociedad de hoy, pero todos ellos falsos. Por ello hay que esforzarse por escuchar y cumplir el mensaje propuesto por el Magisterio de la Iglesia en su teología moral, que es sólo un itinerario de vida plena en Cristo, con miras a la construcción del reino de los cielos y la misma santificación del hombre. Vienen al caso las palabras del Papa

Francisco, quien destacó la misericordia como la palabra clave de la teología moral. Tras recordar que Jesús dijo a sus discípulos “que no vino para condenar al mundo, sino para salvar al mundo”, el Papa subrayó que la enseñanza moral de la Iglesia hay que preservarla en su integralidad, aunque “siempre se debe prestar especial cuidado en destacar y alentar los valores más altos y centrales del Evangelio, particularmente el primado de la caridad” (Francisco, 2019, párr. 9). Además, acude al apóstol Pablo, quien afirma que el Espíritu que trae Jesús redime a las personas de la ley del pecado y de la muerte y las hace hijos de Dios y las libera del temor.

Pues bien, la moral cristiana se convierte en un auténtico seguimiento de Jesús, como verdaderos discípulos. Seguir a Jesús implica imitar su estilo de vida y su modo de actuar, es asumir sus exigencias, pero teniendo en cuenta que su seguimiento no implica una imitación exterior, sino una actitud que afecta a la persona en su interioridad más profunda, de acuerdo con lo que implica ser cristiano: hacerse conforme al maestro y configurarse con él.

A propósito de la moral cristiana, cuyo objeto principal es el seguimiento a Jesús de Nazaret como modelo de hombre perfecto, esta rama centra todo su estudio en lo que se refiere a los comportamientos, conductas y costumbres del ser humano, guiando e iluminando la vida del hombre, buscando a la vez su formación integral, por lo que se puede decir que ésta consta de dos premisas fundamentales: el amor a Dios y al hombre. Por ello, uno de los énfasis más importantes de la moral cristiana es, principalmente, la relación con Dios, la cual, en no pocas oportunidades, se ve afectada y debilitada por tantos factores en la actualidad, tanto internos como externos a la vida del hombre mismo. La moral, entonces, cobra importancia porque también permite evaluar los pensamientos, los actos, los hábitos y el modo de vida; por supuesto que en esta evaluación aparecen los juicios de valor, pero que en ocasiones son tomados de forma *light*.

*Light* es un apelativo que suele aplicársele a los alimentos o bebidas que tienen menos calorías de lo normal, es algo muy común en el supermercado. Entonces, se encuentran un sinnúmero de víveres que traen consigo la palabra '*light*'; casi siempre este término suele convertirse en sinónimo de algo 'fino', 'delicado', expresión que propone una buena o mejor calidad de vida. Tanto se ha ido afirmando esta idea en la sociedad, al punto que pareciera que todo tiene que ser *light*; tanto así que en la sociedad actual no sólo se habla de yogurts, galletas, leche y cereales *light*, sino que en los diferentes sectores sociales también se habla de una mal llamada vida *light*.

Cuando se habla de una vida *light* se refiere, directamente, a un estilo de vida cómodo, fácil, basado en lo inmediato, en lo simple; es decir, que no traiga consigo ninguna clase de sacrificios, lo que equivale a optar por una vida relajada en todos y cada uno de los aspectos: físico, psíquico, moral, afectivo. En fin, una vida *light* es aquella donde únicamente reina lo momentáneo y lo placentero, donde no hay patrones morales, simplemente se cae en una conciencia laxa donde nada es malo, todo está permitido y el cristiano se va relajando tanto, hasta el punto de que llega a perder la noción del pecado, como aquella conducta moral negativa que lo va alejando de Dios. La contemporaneidad muestra cambios sociales y culturales tan radicales frente a las condiciones de vida de las personas, al punto que "hoy se puede hablar de una nueva era de la historia humana, de ahí que estén abiertos a nuevos caminos para perfeccionar este estado de civilización y darle una expansión mayor" (Pablo VI, 1965).

En la sociedad actual han cambiado muchos aspectos: formas de pensar, actuar, sentir; además, se han llegado a reformar estructuras de pensamiento, esquemas, paradigmas y referentes. Todo ello es motivo para que el mundo presente pareciera que estuviese en contracorriente con lo que propone la doctrina de la Iglesia. De hecho, en la sociedad actual se

han resquebrajado y vulnerado los principios, valores y costumbres morales; pero la Iglesia es madre y maestra y se mantiene en su posición de idoneidad y rigurosidad en cuanto a no negociar sus principios y orígenes y en continuar aportando a la formación de personas humanas íntegras.

Todos los seres humanos nacen siendo sólo eso, seres humanos, y se convierten en personas siguiendo un proceso de aprendizaje en el que entran en juego aspectos tan importantes como la socialización o la comunicación, lo que nos convierte en seres que, a pesar de su compleja inteligencia, pueden convivir y desarrollarse en un aspecto exclusivamente humano: la ética. Por ello, podríamos llegar a afirmar que lo verdaderamente determinante para ser persona es la capacidad de desarrollar la moral.

(Notorio, 2013, p. 18)

Los padres conciliares hablan de los cambios que se vienen presentando en el orden social, sobre todo en las comunidades tradicionales, entre ellas principalmente la familia. Se trata de transformaciones en los aspectos psicológico, religioso y moral, a lo cual se añade el cambio de mentalidad y los patrones o referentes estructurales; estos cambios se exteriorizan y manifiestan claramente en los actos de los seres humanos.

Mediante sus actos es precisamente como el hombre se perfecciona en cuanto tal como persona. Estos (los actos humanos) no sólo, producen un cambio en el estado de cosas externas al hombre, sino que cualifican moralmente a la persona misma. Es lo que en la ética clásica es llamado el carácter inmanente del actuar humano. (Caffarra, 1995, p. 3)

En este orden de ideas, la teología moral ha dado el nombre de *actos humanos* a las conductas, comportamientos, maneras o formas de proceder, en cuanto son llevados a cabo por el ser humano en su condición de sujeto racional; pero también se les llama *actos libres*, en la

medida en que son realizados por la persona con plena libertad, de ahí que provenga el calificativo de humano. Ahora bien, el acto humano ocurre en el hombre como un proceso detallado así: “primero (...) hay un estímulo que lo provoca (...) es el motor que hace al ser humano reaccionar de una determinada manera o de otra (...). La segunda fase del acto humano la hemos denominado «deliberación, valoración y discernimiento»” (Notorio, 2013, p. 118).

### **La moralidad del acto humano: los juicios de valor**

“Pienso, luego existo” es la famosa frase de René Descartes que ayuda a prevenir que se cometan errores al proceder ante cualquier situación, ya que cada acto que se realice traerá consigo sus consecuencias, sean estas favorables o negativas. Debido a esta realidad, la presente reflexión ofrece también el tema del juicio moral, su concepto y la diferencia con el juicio ético.

Es indispensable dar por sentado que el juicio moral y el juicio ético no significan lo mismo. Aunque lo moral y lo ético tiendan a moverse en el mismo campo de realización, sin importar quién sea el que haga uso de ambos conceptos, existe una notoria diferencia. El juicio moral es un acto mental que permite diferenciar entre lo correcto o incorrecto. A su vez, un juicio ético es la facultad de razonar y determinar qué acción, conducta o actitud es la más adecuada, de entre un conjunto de alternativas, en función del sistema de valores que se comparten en la sociedad. Lo moral y lo ético, aunque sean distintos, juntos son fundamentales en cuanto al papel que desempeñan en las situaciones que enfrenta el hombre, dentro del conjunto del ser y el hacer en medio de sus realidades, llámense estas familia, sociedad, entorno o contorno, e inclusive en las realidades trascendentales de este mundo.

El juicio moral, como acto mental, le permite a la persona distinguir lo bueno y lo malo de las cosas o las situaciones, de lo bueno y lo malo del ser en su proceder y, de igual

forma, lo bueno y lo malo de los otros seres. Se trata de un acto de distinción que debería hacerse cautelosamente para no caer en la confusa y oscura realidad del error, ya que un juicio a la ligera, es decir, sin el debido discernimiento, distinción y dirección, se convertiría simplemente en habladerías, destrucción o eliminación de la esencia misma del ser, que es el ser bueno.

En la realidad actual, tanto la moral como la ética se han visto afectadas notoriamente; sin embargo, éstas aún conservan su valor e, igualmente, sus efectos son rescatables de una manera muy positiva. Así, pues, existen cuatro consecuencias positivas que traen el juicio moral y ético al ser humano con relación a sí mismo y con relación a los demás. Si bien existen muchas otras e, inclusive, se puede hablar de consecuencias negativas, éstas tendrían que ver con el sujeto que realiza la valoración moral.

Sin duda alguna, la principal consecuencia de los juicios moral y ético radica en descubrir el fin último del quehacer humano, es decir, experimentar las vivencias frente a las distintas decisiones que, como ser humano, toma el hombre. Los juicios moral y ético han de llevarlo a ser no sólo una mejor persona humana, sino que lo llevarán a verse como un ser único y diferenciado frente a los demás miembros de la familia y de la sociedad en general; gracias a ello podrá identificarse como un integrante que, en medio de su libertad, puede ofrecer a su entorno un aporte significativo que ayude a su crecimiento. Para que este crecimiento sea posible es necesario que cada individuo escuche su interior de una manera responsable y con criterio de madurez. Así lo recuerda el Concilio Vaticano II:

En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal: haz esto, evita aquello. (Pablo VI, 1965)

Así, en la constitución pastoral, que profundiza acerca de la Iglesia en el mundo contemporáneo, se enseña que la persona humana dispone de una norma que Dios ha escrito en su corazón; y pregona que en la obediencia a esta ley radica la dignidad humana, por lo cual el hombre debe meditarla en su interior y aplicarla según su conciencia, la cual “es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de aquélla” (Pablo VI, 1965). Con ello, el magisterio conciliar reitera que es en la conciencia donde la persona humana se encuentra con Dios, con sus enseñanzas y con la ley que debe cumplir, con lo cual no sólo demuestra su amor a Dios sino también al prójimo.

La fidelidad a esta conciencia une a los cristianos con los demás hombres para buscar la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales que se presentan al individuo y a la sociedad. Cuanto mayor es el predominio de la recta conciencia, tanta mayor seguridad tienen las personas y las sociedades para apartarse del ciego capricho y para someterse a las normas objetivas de la moralidad. No rara vez, sin embargo, ocurre que yerra la conciencia por ignorancia invencible, sin que ello suponga la pérdida de su dignidad. (Pablo VI, 1965)

Como se puede notar, la interiorización es otra consecuencia de la aplicación de los juicios moral y ético, en tanto le permite al hombre confrontarse a sí mismo e identificar y, a la vez, diferenciar entre lo que es bueno y lo que es malo, y así optar por aquello que le traiga beneficio y crecimiento personal. Es decir, lo mueve a tomar la mejor opción. El juicio moral y ético lleva al ser humano a actuar libre y conscientemente, por lo tanto, se convierte en un ser responsable de sus actos. La responsabilidad frente a lo que se es y se actúa lleva a pensar en los demás, hasta tal punto de lograr superar cualquier idea e intento de individualismo y asumir así el rol que se tiene dentro de una comunidad y de una sociedad. Para lograr lo anterior, el

magisterio de la Iglesia afirma que es necesaria la educación de la conciencia a lo largo de toda la vida.

Desde los primeros años despierta al niño al conocimiento y la práctica de la ley interior reconocida por la conciencia moral. Una educación prudente enseña la virtud; preserva o sana del miedo, del egoísmo y del orgullo, de los insanos sentimientos de culpabilidad y de los movimientos de complacencia, nacidos de la debilidad y de las faltas humanas. La educación de la conciencia garantiza la libertad y engendra la paz del corazón. (Iglesia Católica, 1992, párr. 12)

De esta forma, el Catecismo de la Iglesia Católica no solo ofrece una invitación, sino que también plantea una necesidad: educar la conciencia y enseñar la virtud, para ayudar a crear sociedades integradas por personas capaces de responder a las distintas exigencias que se van presentando en el tiempo. Por tanto, otra consecuencia de los juicios ético y moral es la vivencia de las virtudes humanas, entendidas estas como “actitudes firmes, disposiciones estables, perfecciones habituales del entendimiento y de la voluntad que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe” (Iglesia Católica, 1992, párr. 3).

Según el magisterio de la Iglesia, las virtudes humanas posibilitan el dominio y la satisfacción de una vida orientada a la bondad humana, y especifica las características de un hombre virtuoso y cómo se obtienen las virtudes morales:

El hombre virtuoso es el que practica libremente el bien. Las virtudes morales se adquieren mediante las fuerzas humanas. Son los frutos y los gérmenes de los actos moralmente buenos. Disponen todas las potencias del ser humano para armonizarse con el amor divino. Colombia, 1992, párr. 3)

Lo anterior indica que la práctica de las virtudes morales se da si hay armonía entre lo corporal —la razón— y lo espiritual —la fe—; claro está que estas se hacen vida si antes el ser humano ha hecho un juicio moral o un juicio ético, ya que solo así podrá optar por lo mejor y por lo bueno. Dentro de estas virtudes tenemos cuatro de manera especial: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, que vienen a ser la guía de las demás, por tal motivo reciben el nombre de virtudes cardinales. Con lo anterior, queda la posibilidad de asegurar que un hombre que realiza el juicio moral y ético es un hombre prudente, que discierne acerca del verdadero bien y elige los medios adecuados para lograrlo; es un hombre de justicia, que es capaz de ofrecer a cada quien lo que le corresponde; es un hombre de fortaleza, que ante cualquier adversidad siempre va a elegir el bien; y es un hombre de templanza, que sabe mantener el verdadero equilibrio ante los bienes materiales y los placeres que ofrece el mundo.

La combinación de las cuatro consecuencias que trae la aplicación del juicio moral y ético en las situaciones que enfrenta una persona garantizarían la existencia de un ser humano casi perfecto y, por tanto, una comunidad o una sociedad ideal, donde el hombre viviría siendo feliz. Ahora bien, partiendo del hecho de que “la ética cristiana comparte con las éticas seculares los interrogantes más profundos sobre el significado último de la actividad humana y sobre su calificación moral” (Flecha, 2001, p. 71), dichos interrogantes proyectan soluciones más claras desde una visión cristiana, porque ésta toma como fuente la revelación divina y, de manera especial, la que fue puesta por escrito, es decir la Sagrada Escritura.

En el Antiguo Testamento se notan dos caras: una donde se puede ver a un Dios de venganza y que está atento para castigar a todo aquel que comete pecado y que con sus acciones termina siendo un desobediente a sus mandatos, y donde sus elegidos se muestran como seres que manifiestan furia y suelen mentir para salir bien librados de sus enemigos. Una muestra de

las ‘imperfecciones morales’ que suelen escandalizar al moderno lector del Antiguo Testamento, según Flecha (2001), son la crueldad con los enemigos, la actitud insolidaria y hostil, el sentimiento de odio y venganza, engaños y falsedad, moral sexual no recomendable y otras motivaciones.

Ejemplos de la crueldad con los enemigos son el caso de Simeón y Leví contra los siquemitas (Gen. 34), la permisión del herem o entrega al anatema de los pueblos conquistados (Jos. 6,17-21), la crueldad de la venganza contra los enemigos políticos (1 Sam. 18,11; 19,10) y aun entre los mismos hombres de Dios (1 Re. 18,40; 2 Re. 10,18-25). También se descubren casos de la actitud insolidaria y hostil con respecto a algunos grupos sociales, como los esclavos (Ex. 21, 1-11; 20-21), los extranjeros (Ex. 17, 16; Dt. 23, 3-4, 7), e inclusive con las mujeres (Ex. 21, 7; Núm. 31, 18; Gen. 19; Jue. 19, 22-25). Igualmente, sentimientos de odio y crueles venganzas, como la de Jefé contra los efraimitas (Jue. 12, 1-6), el odio contra los pueblos vecinos, como los amalecitas (Ex. 17, 16), los amonitas y moabitas (Dt. 23, 4-7); cuando el rey David permitió a los gabaonitas vengarse de Saúl (2 Sam. 21, 1-9) y él, por su parte, habiendo perdonado a Semeí, encarga a Salomón que lo mate (1 Re. 2, 8-9); y cuando la reina Ester, modelo e imagen de su pueblo, no descansó hasta ajusticiar a todos los partidarios de Aman (Est. 6-9).

Además, las páginas bíblicas aparecen llenas de engaños y falsedades. Los patriarcas presentan a su esposa como una hermana, no dudan en engañar a su padre, a sus hermanos o a su suegro (Gen. 12, 2; 26, 7-10), mientras que, tras una sangrienta batalla en el valle de Esdrelón, Jael finge prestar una atenta hospitalidad para luego asesinar a Sisara (Jue. 3, 15-23). Por otro lado, la moral sexual no parece recomendable, puesto que se encuentran casos frecuentes de abuso de la esclava (Gen. 16, 1-4; Dt. 21, 10-14), de incesto (Gen. 19, 30-38; 2 Sam. 13, 1-22),

de prostitución (Gen. 38), de divorcio (Dt. 24, 1-4) y de adulterio (2 Sam. 11). Y, yendo más a los fundamentos, la motivación invocada para el comportamiento moral parece en sí misma inmoral: unas veces se limita al deseo de una larga vida (Gen. 25, 8; Ex. 20, 12), otras veces al anhelo de una prole numerosa (Gen. 12, 2) e, inclusive, a la codicia por las posesiones terrenas (Gen. 24, 35; 26, 12).

En las Sagradas Escrituras se encuentran otros tantos relatos que dan a conocer hechos similares. Ahora bien, si sólo se contempla esta cara, se podría concluir lo siguiente: que el juicio moral y ético que se aplicaba en esa época únicamente buscaba el beneficio de un individuo en particular o, en su defecto, de un grupo muy reducido de personas, y que para obtenerlo no importaba el medio ni los métodos que se utilizaran; en este caso, se podría hablar de crueldad. Sin embargo, cuando se avanza en el tema, es posible constatar que las Sagradas Escrituras también relatan acontecimientos y enseñanzas muy positivos, que han servido a todos los que practican la moral de Jesús:

La moral veterotestamentaria nos ofrece grandes y excelentes principios como el valor de las referencias a la comunidad —sin anular por ello el interés por el individuo— y el reconocimiento del dominio absoluto —trascendente y cercano a la vez— de Yahveh sobre el mundo. Se puede afirmar que «el temor de Dios logró la posición dominante entre los motivos morales del Antiguo Testamento». (Flecha, 2001, p. 83).

En el Nuevo Testamento el mejor ejemplo que se encuentra, en la práctica, acerca del tema que se está tratando es Jesús mismo. Él con su obediencia, su servicio y humildad muestra el camino que todos deben seguir en su propia vida y en la vida de la comunidad: “No piensen que he venido a abolir la ley o los profetas. No vine para abolir, sino para cumplir. Les aseguro

que mientras duren el cielo y la tierra, ni una letra, ni una coma de la ley dejará de realizarse” (Mt. 5, 17-18 Biblia de Jerusalén).

La propuesta de Jesús no está en cambiar o pasar por encima de lo que se encuentra establecido, sino en perfeccionar aquello y darle cumplimiento; desde lo anterior se puede decir que el juicio moral y ético va a consistir, en gran parte, en la obediencia a Jesús, que se muestra como el camino a imitar. Siguiendo este mismo orden, en la parábola del hijo pródigo (Lc. 15, 11-32 Biblia de Jerusalén) se ve al hijo menor que, después de haber caído tan bajo, de haber tenido una experiencia difícil, recapacita al ver lo malo y diferenciar lo bueno, por lo cual toma la decisión de volver a casa; ve que esa es su mejor opción. Pero también reflexiona acerca de la misericordia que necesita y también pide perdón. Su padre le perdona y le recibe con gran alegría. Aquí se refleja la finalidad de toda moralidad: busca la salvación integral del ser humano, como individuo, pero también como comunidad.

También vale la pena mencionar lo que cuenta la Sagrada Escritura en el libro de los Hechos de los Apóstoles (9, 3-9) acerca del encuentro de Saulo —que luego pasará a llamarse Pablo— con Jesús, en el camino a Damasco. Es un encuentro que transforma la vida de Saulo, y que también cambia la vida de los demás discípulos y de las comunidades que él fundó en su apostolado.

Ese «acontecimiento» único será expresado de una y mil formas. Jesús es el Señor. Vive entre los suyos. Renueva su existencia, la resucita cada día. Por tanto, su vida ética tiene ya otro sentido. Jesús es para ellos el prototipo del hombre, el «proyecto» de hombre que Dios nos ha desvelado en los últimos tiempos. (Flecha, 2001, p. 103)

La figura de Jesús sigue tomando fuerza, hasta tal punto que se convierte en el gran modelo a seguir. El hombre virtuoso anhela volverse en otro Jesús, que ha mostrado el rostro de

cercanía de parte de lo que en su momento era inalcanzable: Dios. Toda la Sagrada Escritura está ordenada a Jesús como prototipo de Hombre al que, con gran esmero, hay que seguir; su camino ofrece la mejor opción y es el mejor bien por el que todo ser humano debe decidir. Él es el camino que conduce a la felicidad y donde se descubre el fin último del obrar humano.

### **La complejidad de la conducta humana en relación con la teología moral**

La percepción cristiana acerca del deber hacer se encuentra sustentada, en la mayoría de las veces, en la escucha de la voz que le invita a la propia salvación; un camino de conciencia, autonomía y libertad (Zanon, 2018). En esta perspectiva, la autonomía moral y la autodeterminación adquieren relevancia sobre la experiencia de fe y la idea de Dios, como experiencia subjetiva o individual. Desde el punto de vista argumentativo, dicha percepción genera controversias, con debates y cuestionamientos muy complejos, debido a la inexistencia de evidencias pragmáticas. Desde la lógica humana, el dogma de la encarnación para la salvación del mundo es comprendido como un fenómeno sin fundamento real plausible.

De acuerdo con lo anterior, se puede observar que los seres humanos determinan su existencia sobre la insaciable comprobación de la existencia de Dios a través de métodos lógicos y razonables. “Las llamadas pruebas de la existencia de Dios son tentativas, pistas o señales para acceder a él racionalmente (...) El valor de las pruebas es de orden lógico, por lo que no es ni experiencial ni religioso” (Escudero, 2017, p. 20). Desde esta perspectiva, ese mismo ser construye interrogantes que buscan su reafirmación existencial: ¿Dios existe?, ¿la salvación es una realidad?, ¿salvarnos de qué?, ¿hay vida eterna?, ¿Jesús es un personaje histórico en realidad? Muchas veces las consecuencias se encuentran sujetas a grandes dilemas morales que, por lo general, conllevan al sinsentido lógico.

Hasta este momento, en la presente reflexión se han venido abordando temas acerca de las formas conscientes de la mente humana y que sirven para la comprensión de la teología moral. La mención sobre temas tales como la comprensión lógica y racional del fenómeno religioso remiten de manera directa al desarrollo de los estados y facultades de la conciencia; por ende, conllevan al problema de la voluntad y de la conducta humana en sus perspectivas ética y moral.

El Estado social ha sido la última encarnación de la idea moderna de comunidad, es decir, la materialización institucional de esa idea en su forma moderna de ‘totalidad imaginada’, forjada a partir de la conciencia y la aceptación de la dependencia recíproca, el compromiso, la lealtad, la solidaridad y la confianza. (Iranzo, 2013, p. 184)

Partiendo de esta conjetura sustentada por la autora, se puede reconocer una conciencia colectiva formada por las comunidades sociales, pero con el reconocimiento de las conductas subjetivas e individuales de los miembros de dichas comunidades, que deben obedecer a comportamientos culturales. De alguna manera, los Estados modernistas han apuntado a la soberanía y control de la sociedad a través de una idea de conciencia colectiva, proponiendo principios constitucionales de control sobre los individuos. Esta forma de gobierno gesta ambientes de rebeldía y contradicciones entre los individuos en su carácter subjetivo.

Por consiguiente, en relación con el tema que propone este artículo, se puede afirmar que la historia, en cada una de las épocas, ha propuesto el dominio del poder a través de la regulación del individuo según su estado de conciencia colectiva. Cada una de esas presunciones comportamentales obedece a unas necesidades y circunstancias del contexto social en el que se ubica ese tipo de sociedad. “La conciencia es definida como la categoría subjetiva que se construye a través del símbolo e imagen como forma de pensamiento último” ((Dehaene, 2015,

p. 58). Esta afirmación da lugar a las concepciones de autonomía, autodeterminación y enajenación. En consecuencia, muchas veces el individuo opta por la búsqueda de la libertad y estabilidad emocional.

Como respuesta a lo anterior, se abre la posibilidad a la conciencia moral, la cual está sujeta a la teología moral como determinación de la condición humana. En este sentido, Johnson (2021), bajo la perspectiva de Sartre, afirma que cuando el ser humano se descubre a sí mismo en su propio pensamiento, se reconoce en presencia del otro, y está cierto que el otro existe como lo está de que él mismo existe (p. 102). Según esta concepción de la idea de ser individual en búsqueda de la libertad, “la noción de conciencia moral designa el sentido innato del bien de la naturaleza humana y su aplicación a la acción, y confusamente, coincide con las nociones de *sindéresis* y de *recta razón*” (Vargas, 2009, p. 109).

Una forma de comprender la conciencia como regulador de la autonomía moral puede ser iluminada a través de la propuesta kantiana, la cual busca comprender el actuar humano desde el campo de la razón teórica, es decir, el campo de la moral o razón práctica. “Según Kant, la conciencia de ley moral (la ley moral misma), es un hecho (*Faktum*) de la razón, algo que se da originariamente en nosotros en cuanto sujetos racionales finitos” (González y Molina, 2018, p. 277). En este tipo de conciencia existe una relación condicional entre el pensamiento, el acto y la reflexión acerca del mismo, conocido también como juicio analítico. Desde esta perspectiva, se permite entrever a la conciencia como una forma o estilo de ser propio del ser humano. Según Vargas (2009), Kant había establecido diferencias entre una moral autónoma y una moral heterónoma.

La conciencia, al tener una doble concepción como heterogénea, permite ser campo de dominio de una idea lógica superior a ella; y como homogénea, se adapta a muchas situaciones

experimentadas por el individuo. Frente a esta idea, Martínez (1990) expone que la conciencia reafirma esa doble esencia: la plasticidad y la variabilidad cultural (p. 238). Para el autor, esta doble dimensión hace parte del mundo natural, porque la mente humana busca adaptarse a su contexto y copiar lo más provechoso para él.

En el marco de las sociedades modernas, un juicio moralmente razonable, justo y recto es el resultado del acto consciente y responsable de las decisiones y comportamientos de un individuo. Por tanto, el ser humano requiere de elementos o argumentos razonables para poder actuar, aun cuando dichos presupuestos estén basados en componentes irracionales. En este sentido, “los agentes racionales tienen un número virtualmente ilimitado de razones potenciales para la acción, en cuanto casi cualquier cosa que alguien haga puede concebirse como afectando a alguna otra cosa para bien o mal, para mejor o peor” (Marquisio, 2017, p. 64).

En la misma línea de pensamiento, se puede afirmar que la autonomía moral, aunque se encuentre expuesta a los argumentos engañosos o manipuladores, provee al individuo de las herramientas necesarias para tomar decisiones frente a sus actos. Seguidamente, la autonomía moral proporciona sentido de responsabilidad frente a dichos actos realizados.

Es propio de la humanidad la conciencia de un deber que impulsa el actuar, así la pregunta conlleva a considerar que, si existe una ley moralmente válida para él como ser racional, debe serlo también para todos los demás, por lo tanto, la prueba para considerar si un acto es moralmente válido consiste en la posibilidad de ser aplicado consistentemente a todos los seres racionales. (Montoya y Cendrós, 2007, p. 291)

En la perspectiva de estos autores, el imperativo categórico, basado en juicios analíticos y racionales, le permite al individuo la capacidad de elección y con ella la libertad para actuar de acuerdo con su voluntad. De alguna manera, cada acto se vería apuntando a la formación del

equilibrio y la integralidad de la persona. Desde siempre el ser humano ha necesitado de normas para poder vivir en comunidad y para poder controlar sus impulsos e instintos.

Teniendo clara la perspectiva filosófica de la autonomía moral, la Iglesia Católica, fundamentada en el Concilio Vaticano II, propone la teoría de la Teología Moral, la cual se sostiene en los estudios sobre Dios, desde la perspectiva de cómo debe vivir el ser humano. Flecha (2001) define esta teoría a partir de la precisión acerca de su objeto de estudio: “Un objeto que (ésta ...) tiene en común con la Ética filosófica: el comportamiento humano responsable, en cuanto calificable como bueno o malo. Ese sería su objeto material” (p. 5). Este último propósito va acorde a la propuesta de Jesús en el evangelio.

A manera de recapitulación, se puede afirmar que la autonomía moral se constituye en garante rectora de la responsabilidad de los actos humanos y, a su vez, se convierte en referente para reconocer la capacidad y facultad inherente en el ser humano para reflexionar, indagar, experimentar, comprender y verificar los actos finales en cada procedimiento. Su finalidad se basa en buscar de manera particular salvaguardar que cada individuo en uso de sus facultades determine y admita sus propias limitaciones, que hacen parte de la relación directa entre lo que es moralmente razonable, bueno, coherente y responsable.

La Sagrada Escritura, como fuente de revelación divina, se convierte para todo creyente, a la luz de la fe, a través de cada hecho de salvación, en referente de perfección, santidad, conversión de vida, plenitud y vida eterna, cambio de mentalidad y modelo de comportamiento. De allí que la influencia que ofrecen los textos bíblicos al lector, de manera singular lo introduce en un itinerario de búsqueda que, en definitiva, le permite al ser humano entrar en una dinámica de comunión con Dios y de amor al prójimo. Es, así, un elemento vital en la evangelización de los pueblos que transforma, dignifica y humaniza la vida del hombre a partir del encuentro

personal con Jesús Resucitado, que en su paso por la tierra manifestó su amor por los pobres, marginados, desvalidos, pecadores y a quienes a través de la pedagogía de la misericordia y la compasión fue signo del poder, la gloria y la voluntad del Padre. De esta manera, cabe resaltar que las enseñanzas que nos dejan los comportamientos, elecciones y decisiones, en definitiva, se convierten en acciones y actitudes que manifiestan autoridad, comunicación, discernimiento entre el bien y el mal, promesa, sabiduría, alianza, obediencia, perdón, no juzgar, etc. (Gn. 3, 22; Dn. 2, 40; Prov. 28, 26; Is. 45, 7; Jer. 31, 3; Jn. 18, 31; Mt. 6, 12-15; Mt. 5, 43-48 Biblia de Jerusalén). En otras palabras, el evangelio de san Lucas (10, 25-37), refleja particularmente “el amor al prójimo, en cuatro dimensiones específicas: Opción fundamental: elegir a Dios. Opción particular: manifestación en los hermanos. Búsqueda de los medios: para llevar a cabo las obras. Ejecución: la manera como se desenvuelve la acción” (Muñoz Mora, 2016, p. 101).

Desde este punto de vista, resulta satisfactorio entender que Dios acompaña a su pueblo, por lo que el verdadero creyente sabe dar el paso de ir más de allá de sí mismo; va al encuentro del Señor, quien da sentido a su actuar moral. La teología moral se nutre de la esperanza del tiempo donde Dios se hace presente, y trasciende las limitaciones del espacio. Ejemplo de ello es el pasaje bíblico del hombre que tenía parálisis en el brazo, relatado por san Lucas (6, 6-11 Biblia de Jerusalén): la escena se desarrolla en la sinagoga, lugar de oración, encuentro con la palabra y la predicación. Allí se plantea el siguiente interrogante: ¿Es lícito curar o no en sábado? Jesús se enfrenta a dos posturas: por un lado, la de los fariseos que dicen que la ley va primero y que prohíbe al hombre rotundamente trabajar en sábado; por el otro lado, la capacidad de Jesús de discernir, decidir y actuar de manera autónoma, con autoridad y con una postura férrea en donde primero está la sanación de este hombre a través del amor y la caridad. Es así como Jesús, teniendo claro qué va primero, obra en responsabilidad frente a la situación: ¿hacer

el bien o hacer el mal? ¿Salvar o dejar morir? La respuesta obvia para el Maestro es hacer el bien y sanar al enfermo, con una misericordia que no tiene límites.

Es así como las respuestas a las manifestaciones del amor de Dios en relación con la experiencia de fe de cada individuo en la sociedad describen el vínculo particular entre la autonomía y las facultades de inteligencia y voluntad, que permiten a toda creatura un asentimiento hacia su creador que se revela a través del anuncio del reino de Dios y su plan de salvación. De allí que entendemos cómo desde la dimensión religiosa-espiritual la autonomía genera en el hombre una búsqueda continua de perfección, felicidad, bienestar, autorrealización e integridad. Con lo anterior no se quiere decir que cada individuo, para conseguir sus metas y propósitos, ha de renunciar a sus principios morales y éticos, además de relativizar la verdad absoluta que procede de Dios como creador del universo.

De igual forma, queda claro que el hombre, mediante el pleno ejercicio de su autonomía y voluntad, es capaz de tomar sus propias decisiones y, a su vez, ser responsable de las mismas, lo cual se convierte en un referente de discernimiento entre el bien y el mal. En este punto vale retomar el pasaje bíblico sobre las bienaventuranzas, consignado en el evangelio según san Mateo (5, 3-12 Biblia de Jerusalén). Este relato es la síntesis perfecta para comprender el comportamiento de una persona que, a través de la autonomía, conciencia y libertad, anhela la perfección de todo su ser, en donde, en ningún momento, Jesús impone o coacciona su capacidad de decisión; antes bien, en la relación con Dios se hallan los medios para lograr la santidad de vida. Por tal motivo, las bienaventuranzas enseñan acerca de cómo deben ser las relaciones del ser humano entre sí, porque, aunque no parezca dichoso quien cumple la Palabra de Dios en la tierra, la mayor recompensa y alegría se encuentra en la vida eterna en unión a los méritos de la resurrección en Cristo.

La autonomía moral le permite al hombre, de manera asertiva y dinámica, discernir la delgada línea entre la responsabilidad y el fin de sus actos y sus consecuencias, que juegan un papel determinante en la sociedad, si tenemos en cuenta que el hombre muchas veces se ve sumergido en abismos existenciales que lo llevan a la duda, confusión, incertidumbre, temor, desesperanza y miedo. De allí que cuando se es capaz de tomar decisiones en libertad, la conducta humana desde la autonomía moral se encarga de dar respuesta a todos los interrogantes que le permiten a cada individuo adaptarse a su entorno, realidad existencial - trascendental como una totalidad integral que le toca asumir y enfrentar, que además está sujeta a continuos cambios. Es así, entonces, que, por los continuos cambios de la globalización y la técnica, el rol de la autonomía moral en la actualidad le permiten a cada individuo asumir una postura crítica frente al conocimiento, entendimiento, pensamiento y apropiación de la realidad, desechando cualquier ambigüedad del comportamiento asumido desde las emociones, sensaciones y sentimientos que enajenan y arruinan la capacidad del hombre para conocerse, autoevaluarse, conocer su entorno y tomar posición con respecto todo aquello que sucede a su alrededor.

Entre tanto, el rol de la autonomía moral, orientada desde la comprensión del comportamiento del individuo y su conducta, nos permite analizar y entender los valores y principios propios que integran el ideal de vida de cada individuo. Por supuesto, hay que tener en cuenta que la autonomía moral se convierte en mediadora entre el contexto social y cultural, en aras de la comprensión de nuestra realidad y su interacción con el entorno. Lo anterior facilita el equilibrio integral entre el pensamiento crítico y el conocimiento como dinámica social y desarrollo comunitario, además que influencia, orienta y acompaña en la toma de decisiones de cada individuo y su adaptación en la sociedad. Con ello, permite que cada individuo sea capaz de asumir y cumplir los retos con efectividad, desde la autonomía como valor universal donde se

fundamenta el saber, liderazgo y proyección social vinculante. Por tanto, en la actualidad, el rol de la autonomía moral interviene de manera significativa en las experiencias de lo tangible, lo real, lo trascendente y lo espiritual.

En consecuencia, es preciso reconocer que el fundamento de la autonomía moral rompe con cualquier barrera que provoca el ensimismamiento, egoísmo, miedo, fracaso, aislamiento e indiferencia. Al descubrir el propósito de la importancia de la dignidad humana, la libertad del hombre, la alteridad y la interioridad, es posible reflexionar sobre ¿quiénes somos?, ¿para dónde vamos?, ¿qué nos hace feliz? Tal sentido de auto proyección encuentra significado en la solidaridad, amor, generosidad y gratitud para ver más allá de nuestras propias narices, haciendo propia la necesidad de aquellos que no tienen las mismas oportunidades, lo cual nos lleva a reconocer y tomar conciencia acerca de la doble dimensión de dar sin esperar nada a cambio y ser testimonio y portadores de lo que es la humanidad en la sociedad.

## CONCLUSIONES

En medio de una realidad que invita a la persona a reflexionar frente a cómo proceder o actuar en determinado hábitat donde se mueve, el hombre seguirá buscando desde su continuo vivir cómo recuperar o madurar en la aplicabilidad de los principios o valores establecidos. Cada realidad social lo confrontará y lo pondrá en la posición de dar respuestas a cada problema o situación que han de presentarse. En cada una de sus realidades, toda persona siempre ha de dar una posible respuesta, ya sea buena o mala, coherente o incoherente, que ha de finalizar en un acto que la identifique con lo que en su esencia es o quiere ser, ya sea tomando como referencia los principios o valores, o simplemente disonando de ellos.

Desde la moral cristiana, el actuar del cristiano ha de verse influenciado por las enseñanzas propias de Jesús de Nazaret. El eje fundamental de todo el quehacer teológico se basa en la obra del Hijo de Dios, el anuncio y la implementación del reino de los cielos. Así, pues, el hombre en su libertad opta por vivir de acuerdo con la moral cristiana y, cuando lo hace, va moldeando su conducta humana en relación con los presupuestos de la Teología Moral, lo que, en otras palabras, va configurando su vida con la de Jesucristo.

En síntesis, la presente reflexión busca abrir puertas para continuar creciendo en todas estas realidades en que la misma sociedad invita a enfrentar. Es claro que la discusión debe ampliarse desde las diferentes perspectivas posibles, lo que exige la participación de muchos investigadores. De esta manera se podrá ahondar más acerca de los temas acá incluidos, de tal forma que se puedan enriquecer y ampliar las reflexiones, así como incluir nuevos conceptos, como la conciencia, libertad, verdades absolutas o abstractas, entre otros. Igualmente, plantear una visión de negación argumentada de dichos principios o valores como obstáculo para un mejor vivir.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Brackley, D. (2002). Tendencias actuales de la teología moral en América Latina. *Revista Latinoamericana de Teología*, 19, 95-120.
- Caffarra, C. (1995). El acto humano en la Encíclica Veritatis Splendor. Recuperado de: <https://www.mercaba.org/Filosofia/PDF/el%20acto%20humano-veritatis.pdf>
- Carrasco de Paula, I. (2000/3). El estudio y la enseñanza de la moral fundamental, hoy: Reflexiones en torno al quehacer teológico. *Scripta Theologica*, 32, 911-924.
- Cereijo, J. L. (2020). Moral Fundamental. Recuperado de: <https://www.mercaba.org/MORAL/Cereijo/introduccion.htm>
- Conferencia Episcopal de Colombia (2008). *Misal Romano*. 4 Ed. Bogotá: Quebecor World.
- Cuesta Álvarez, B. (s.f.). La moral cristiana como realidad siempre abierta. En B. Cuesta Álvarez, *Cuestiones de Moral Fundamental*. Recuperado de: [https://www.mercaba.org/Dominicos/Curso/moral/cuestiones\\_de\\_moral\\_fundamental.htm](https://www.mercaba.org/Dominicos/Curso/moral/cuestiones_de_moral_fundamental.htm)
- Dehaene, S. (2015). *La conciencia en el cerebro: descifrando el enigma de cómo el cerebro elabora nuestros pensamientos*. Siglo XXI.
- Escudero, E. (2017). Es razonable creer en Dios. Por qué el mundo es materialismo o fe razonada. *Fides et Ratio*, 2, 19-32.
- Flecha, J. R. (2001). *Teología Moral Fundamental*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Flecha, J. R. (2012). *Moral fundamental: La vida según el Espíritu*. Sígueme.
- Francisco (2019). Audiencia a los profesores y estudiantes de la Academia Alfonsiana-Instituto Superior de Teología. Síntesis del Boletín Oficina de Prensa de la Santa Sede. Recuperado

- de: <https://press.vatican.va/content/salastampa/es/bollettino/pubblico/2019/02/09/alfons.html>
- González Álvarez, L. J. (2003). *Ética*. El Buho.
- González, V. M. y Molina, C. E. (2018). El sujeto ante la ley. Conciencia de la ley moral y Faktum de la razón en Kant. *Tópicos Revista de Filosofía*, 55, 275-297.
- Iglesia Católica (1992). *Catecismo de la Iglesia Católica*. Recuperado de: [http://www.vatican.va/archive/catechism\\_sp/p3s1c1a7\\_sp.html](http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/p3s1c1a7_sp.html)
- Iranzo, Á. (2013). La comprensión del fenómeno religioso y sus desafíos a las Ciencias Sociales. *Revista de Estudios Sociales*, 47, 183-190.
- Johnson, R. (2021). La conciencia moral y la conciencia moderna en Nuestro Padre San Daniel y El obispo leproso. *Anales de Literatura Española*, 34, 99-113.
- Juan Pablo II. Vaticano II. *Carta encíclica Veritatis Splendor a todos los obispos de la Iglesia Católica sobre algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la Iglesia*. Agosto 6 de 1993. Obtenido de: [http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf\\_jp-ii\\_enc\\_06081993\\_veritatis-splendor.html](http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_06081993_veritatis-splendor.html)
- Llantén, M. (1997). Dimensiones de una moral social. *Theologica Xaveriana*, 47, 43-54.
- Marquisio, R. (2017). El ideal de autonomía moral. *Revista de la Facultad de Derecho*, 43, 55-92
- Martínez, J. (1990). El problema de la conciencia. *Contextos*, 19/20, 233-262.
- Montoya, C. y Cendrós, P. (2007). Elementos de la ética kantiana aplicables a las organizaciones educativas. *Revista de Educación*, 13(25), 285-304.
- Muñoz Mora, L. J. (2016). *Manual de Moral Cristiana*. San Pablo.
- Notorio, L. M. (2013). *Ética para ser personas*. CCS.

Pablo VI. Vaticano II. *Constitución Pastoral Gaudium et Spes sobre la Iglesia en el mundo actual.*

Diciembre 7 de 1965.

Téllez Casas, J. W. (2006). Los fundamentos de la teología moral a partir del Concilio Vaticano

II. *Franciscanum Revista de las ciencias del espíritu*, 143, 75-84.

III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. *Documento de Puebla*. Enero 29 de 1979.

Vargas, V.J. (2009). Formación de la conciencia moral: referentes conceptuales. *Revista Educación y Desarrollo Social*, 3(1), 108-128.

Zanon, A. (2018). La Salvación a través de la conciencia y la libertad. *Perseitas*, 6(2) 386-423.